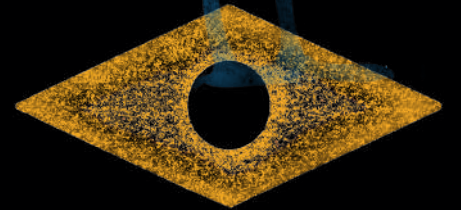
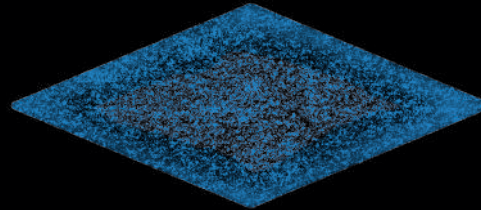
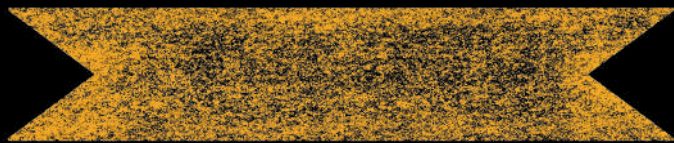
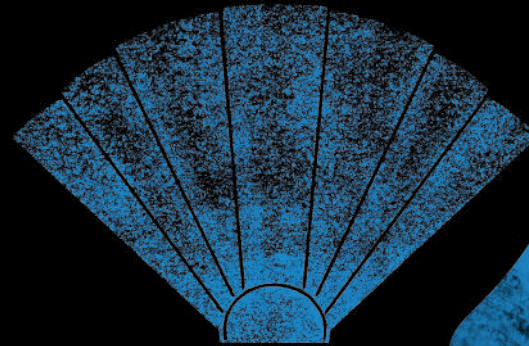


Una ciudad en la mente

GUIÓN CURATORIAL Y MANUAL
DE MEDIACIÓN DE LAS RUINAS
DE ARMERO



GUIÓN CURATORIAL
Y MANUAL DE
MEDIACIÓN DE LAS
RUINAS DE ARMERO

ADRIANA MAGALI MATIZ VARGAS
GOBERNADORA DEL TOLIMA

ALEXANDER CASTRO SALCEDO
SECRETARIO DE CULTURA Y TURISMO

WILLINGTON ARIAS HERNÁNDEZ
DIRECTOR DE CULTURA

ANTONIO ARAGÓN BARRETO
Coordinación del proyecto

JAIME MONTENEGRO MARÍN
Curaduría y textos

JAIRO GARCÍA PEÑA
Investigación histórica

AMÉRICA VARÓN VILLARREAL
Edición de textos, diseño e ilustraciones

Agradecimientos especiales:

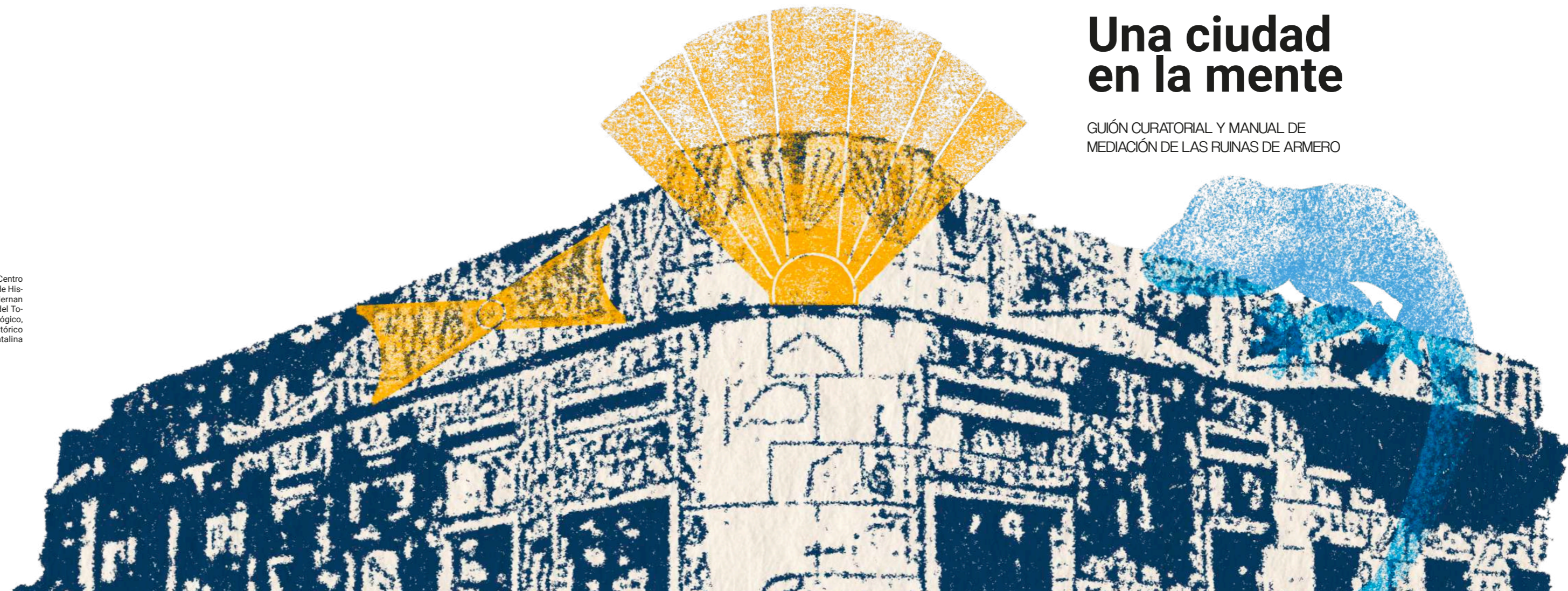
Museo de Arte del Tolima MAT, Centro de visitantes de Armero, Centro de Historia de Armero Tolima-CHAT, Hernan D. Nova, Academia de Historia del Tolima, José Nova, Museo Arqueológico, Antropológico Patrimonial e Histórico de Armero, Freddy Gutiérrez, Catalina Prada, Wilman Ortiz.

Una ciudad en la mente

GUIÓN CURATORIAL Y MANUAL DE
MEDIACIÓN DE LAS RUINAS DE ARMERO



Secretaría de
Cultura y Turismo
del Tolima



Índice

Prólogo	9
Una invitación a mirar de nuevo.....	10
Formación de un valle fértil.....	12
Los abrazos mortales del volcán.....	14
Los antiguos hombres del Sabandija	19
Las manos que moldearon la memoria.....	26
De San Lorenzo a la Ciudad Blanca.....	29
El motor de la prosperidad	32
Una ciudad que sabía celebrarse.....	40
La noche de la tragedia	48
La noche del 13, por Hernán Nova.....	53
Ruinas que transmiten memoria.....	58
Un bosque para la vida	64
Un turismo para recordar	66
De la realidad a la leyenda, por Hernán Nova.....	69
La lucha contra el olvido, un pueblo en diáspora.....	75
Referencias bibliográficas.....	76

Temáticas



Geografía
y geología



Arqueología
y asentamientos
previos



Arquitectura
y Urbanismo



Desarrollo
económico



Expresiones
culturales



La noche
de la tragedia



Santuarios y
sitios de
contemplación



Flora y fauna



Turismo
para recordar



Leyendas
y relatos



Una ciudad
en la mente



Prólogo

La historia de Armero, como las grandes historias que marcan el destino de los pueblos, trasciende los límites de lo local para adquirir una dimensión universal. Armero fue un lugar donde la vida florecía entre agroindustria, comercio y tradiciones. Una ciudad habitada por gente laboriosa, alegre, que construyó una identidad colectiva marcada por la esperanza y el progreso.

Pero el 13 de noviembre de 1985, todo cambió. La erupción del Nevado del Ruiz trajo consigo una avalancha de lodo que sepultó la ciudad casi por completo, llevándose consigo miles de vidas, historias y sueños. Fue la peor tragedia ambiental que ha sufrido Colombia, dejando una herida profunda, no solo en quienes lo vivieron, sino en todo un país que aún intenta comprender y recordar.

Con el paso del tiempo, como ocurre con todas las grandes historias, la realidad empieza a mezclarse con los mitos y leyendas, se distorsionan los recuerdos, y poco a poco se desdibujan los contornos de la verdad.

Mientras tanto, los testigos directos de Armero —los que caminaron por sus calles, conocieron su vida cotidiana, sus fiestas, su cultura— van desapareciendo, dejando un vacío que solo la memoria colectiva puede llenar.

Este documento busca honrar la vida que existió antes de esa noche devastadora, narrar el horror de aquel suceso y dar voz a quienes sobrevivieron y reconstruyeron su camino a partir de las ruinas. En sus páginas se entrelazan los recuerdos de una próspera ciudad, la magnitud de la pérdida y la fuerza inquebrantable de la esperanza. Porque Armero no desapareció: vive en los relatos de sus sobrevivientes, en las nuevas generaciones y en la memoria colectiva que se niega a olvidar.

Este es un homenaje a la vida, al duelo y a la resistencia. Porque recordar es también un acto de amor y justicia.

H.D.Nova

Una invitación a mirar de nuevo

En su época de esplendor, Armero se erguía como una joya productiva en el corazón del Tolima. Ninguna otra ciudad del norte del departamento brilló como esta en aquellos años blancos, cuando el algodón cubría los campos y la vida prosperaba con confianza. Sus vastos cultivos de algodón y arroz impulsaron la economía regional durante décadas, y su intensa actividad comercial enlazó el centro del país con el Magdalena Medio. Armero, conocida como la Ciudad Blanca del Tolima, contaba con hospitales de tercer nivel, colegios de prestigio regional, cines, clubes sociales y una vida cultural vibrante. Era, en todo sentido, una ciudad viva que encarnaba un optimismo confiado en el progreso.

Cuando hablamos de Armero, inevitablemente pensamos en una fecha: el 13 de noviembre de 1985. Pero

antes de esa noche fatal, hubo historia —siglos de historia— y después de ella, quedó la memoria. Esta guía sigue las huellas que nos ayudan a asomarnos a una ciudad que existió ajena a la amenaza que dormía en la montaña. Una ciudad construida sobre suelos fértiles depositados por erupciones anteriores, habitada por comunidades indígenas milenarias, forjada en el fuego de la Colonia y la República, y consolidada como motor económico del siglo XX.

Al cumplirse cuarenta años de la tragedia, la conmemoración se abre como una invitación a apreciar a Armero desde nuevas miradas. Historias, paisajes y memorias que amplían su significado y permiten comprenderla en toda su riqueza. Esta es su historia a la que les invitamos a asomarse: desde la formación geológica del territorio

donde se asentó, hasta las expresiones culturales que la distinguieron; desde los asentamientos panches que poblaron las Vegas del Sabandija hasta las haciendas tabacaleras coloniales; desde el desarrollo agroindustrial del siglo XX hasta los santuarios de contemplación que hoy custodian su recuerdo.

Armero no es solo un nombre en los libros de historia o una lección sobre desastres naturales. Es un territorio con una identidad sumamente rica, una comunidad que amó profundamente su tierra, y un legado cultural que merece ser conocido. Estas páginas son una ventana para mirar lo que fue, entender lo que sucedió y honrar lo que permanece vivo en la memoria de quienes la habitaron y de quienes hoy la recuerdan.

Los contenidos aquí consignados buscan promover procesos de aprendizaje dirigidos a informadores turísticos, guías, vigías del patrimonio y todas las personas interesadas en la historia de Armero desde una perspectiva que reconstruye su pasado y rememora lo ocurrido en la noche de la tragedia. De igual manera, este documento constituye un esfuerzo por establecer insumos narrativos de enfoque académico, pedagógico e informativo que fundamenten estrategias museográficas, lúdicas y didácticas para el reconocimiento, la participación y la

apropiación social del territorio y de la memoria histórica de Armero.

En ese sentido, la Gobernación del Tolima, desde la Secretaría de Cultura y Turismo, aunando voluntades con actores institucionales a nivel nacional, como el Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes, la Unidad de Gestión del Riesgo y el Servicio Geológico Colombiano, han articulado sinergias que integran acciones orientadas a la consolidación del Parque Temático de la Vida, comprendido como un proyecto de reconocimiento del legado histórico y patrimonial de Armero, y una forma de conmemoración a los 40 años de la tragedia. Con este propósito institucional, pero sobre todo ético de contribuir a recopilar una información veraz, concisa y respetuosa con la historia de Armero, el presente guión condensa una herramienta curada e ilustrada de sus ruinas, sus sitios de memoria y los elementos más relevantes de su historia.



Formación de un valle fértil

La historia de Armero está ligada a la tierra en la que se formó. Ubicada en el valle de la Cordillera Central, a la sombra del volcán Nevado del Ruiz —o el “león dormido” como le llamaban los lugareños—, su geografía fue a la vez un don y un riesgo latente. La confluencia de los ríos Lagunilla y Sabandija, que desembocan en el cercano río Magdalena, irrigaba los campos que la harían famosa por su “oro blanco”, los prósperos cultivos de algodón que transformaron el valle en un fértil corredor natural.

Esta topografía privilegiada facilitó que Armero se consolidara como un punto de conexión vital con otros municipios históricos del norte del Tolima, como Honda, Mariquita y Ambalema, enlazando la producción agrícola del interior con las rutas comerciales que impulsaban la economía nacional. El trazado de caminos y del ferrocarril no hizo más que seguir la lógica que el propio paisaje dictaba, convirtiendo a Armero en el corazón de la microrregión del norte del departamento del Tolima.



Los tres protagonistas geológicos

La historia geológica de Armero está escrita por tres elementos naturales: el volcán Nevado del Ruiz, el sistema de fallas Romeral y la cuenca del río Lagunilla; tres protagonistas que moldearon el territorio y explican tanto su extraordinaria fertilidad como su particular vulnerabilidad. El territorio descansa sobre el complejo de fallas del sistema Romeral, lo que lo ubica en el Cinturón de Fuego del Pacífico, una zona de riesgo sísmico intermedio. El Nevado del Ruiz dejó su huella a lo largo de los siglos: durante las erupciones de 1595, 1845 y 1985, envió mezclas de lodo, piedras y ceniza que, al combinarse con los sedimentos de los ríos Lagunilla y Sabandija, crearon suelos extraordinariamente fértiles. En la parte baja del río Lagunilla —en el abanico de Lérica— estos materiales se transformaron en tierras arcillosas perfectas para cultivar arroz, algodón y sorgo, además de producir pastos para el ganado. Los ríos Lagunilla, Sabandija, Cuamo y Magdalena, junto con quebradas como la Jiménez y Santo Domingo, proveían agua abundante para el riego y la producción agropecuaria, siendo el río Lagunilla especialmente vital, aunque también servía como el camino natural por donde descendían los lahares cuando el volcán despertaba.





ERUPCIONES HISTÓRICAS DEL RUIZ

Los abrazos mortales del volcán

La historia documenta tres erupciones del Volcán Nevado del Ruiz que afectaron a Armero: 1595, 1845 y 1985.

La erupción de 1595

La erupción de 1595 quedó registrada con gran detalle gracias a Fray Pedro Simón, quien la describió en sus *Noticias Historiales de las Conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales*. El evento ocurrió el domingo 12 de marzo de 1595, alrededor de las once de la mañana, un día que comenzó despejado y tranquilo.

La experiencia de quienes vivieron el evento debió ser aterradora. El día había amanecido claro y soleado, pero alrededor de las ocho de la mañana, el volcán produjo un

estruendo extraordinario que resonó por toda la región. Seguido de esto, comenzó a salir del cráter una inmensa cantidad de ceniza que oscureció el cielo como si fuera “una noche muy oscura de tempestad y sin luna”.

El cronista relata cómo la erupción transformó el paisaje y afectó especialmente a dos ríos importantes de la región: el Gualí y el Lagunilla, ambos alimentados por el deshielo del nevado. Según su testimonio, el material volcánico represó temporalmente las aguas de estos ríos. Cuando finalmente se liberaron, descendieron con una fuerza extraordinaria, arrastrando ceniza, tierra y despidiendo un intenso olor a azufre. La corriente era tan poderosa que arrasó con los peces de ambos ríos y quemó las tierras por donde pasaba. Desde donde sale de las montañas hacia el llano, arrastró enormes piedras durante más de media legua; se expandió considerablemente por la sabana y se llevó el ganado que encontró en su camino durante cuatro o cinco leguas. Las tierras afectadas quedaron tan estériles que años después apenas crecía escasa vegetación.

A pesar de la magnitud del evento, las crónicas no reportan víctimas humanas directas, lo que sugiere que las poblaciones estaban suficientemente alejadas de las zonas más afectadas o lograron ponerse a salvo a tiempo.

La erupción de 1845

Después de dos siglos y medio de aparente calma, sin registros documentales de actividad volcánica significativa, el Nevado del Ruiz volvió a despertar en 1845. Esta vez, el evento fue descrito por Joaquín Acosta, considerado el primer geólogo colombiano, quien documentó lo sucedido.

La mañana del 19 de febrero de 1845, alrededor de las siete, se escuchó un fuerte ruido subterráneo a lo largo de las orillas del río Magdalena, desde Ambalema hasta el pueblo de Méndez. Poco después, una enorme corriente de lodo espeso comenzó a descender por el río Lagunilla desde las faldas del nevado. El flujo era tan voluminoso que llenó rápidamente el cauce del río, arrastrando todo a su paso: árboles, viviendas, personas y animales.

La tragedia fue especialmente severa en la parte alta y más estrecha del valle del Lagunilla, donde las poblaciones quedaron completamente arrasadas. Se estima que cerca de mil personas perdieron la vida, la mayoría trabajadores dedicados al cultivo del tabaco en las grandes plantaciones de Ambalema. En la parte más baja del valle, algunas personas lograron salvarse huyendo

hacia las laderas, aunque otras quedaron aisladas en pequeñas elevaciones donde fue imposible rescatarlas a tiempo.

La erupción de 1985: cuando la historia se repitió

El 13 de noviembre de 1985, el patrón histórico volvió a manifestarse. Esta vez, sin embargo, las señales de advertencia habían sido numerosas y claras. Desde diciembre de 1984, el cráter Arenas del Nevado del Ruiz venía mostrando señales evidentes de reactivación: temblores frecuentes, ruidos subterráneos, aumento notable en las fumarolas y la nieve de la cumbre teñida de amarillo por el azufre.

El 11 de septiembre de 1985, dos meses antes de la tragedia, una considerable emisión de cenizas cubrió las ciudades de Manizales y Chinchiná y provocó un pequeño flujo de lodo por el río Azufrado que obstaculizó la vía Manizales-Murillo. Este evento llevó a Ingeominas a elaborar mapas de riesgo que identificaron claramente los ríos Lagunilla, Gualí y Azufrado como zonas de alto peligro en caso de una erupción mayor. Incluso el historiador Helio Fabio González Pacheco escribió un





artículo donde anticipaba que un desbordamiento similar podría ocurrir hacia mediados de noviembre de 1985.

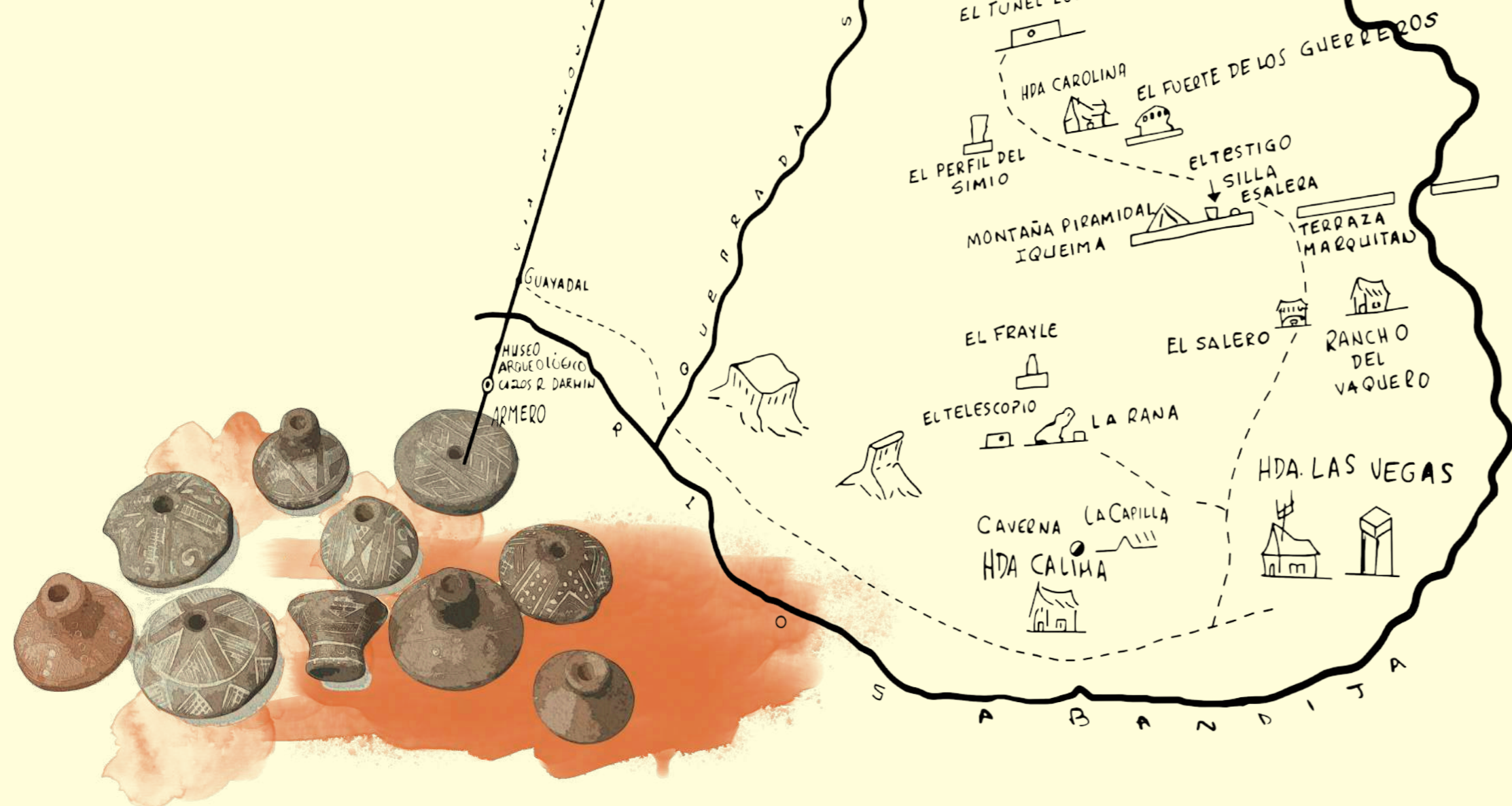
La noche del 13 de noviembre, la erupción del volcán derritió aproximadamente el 10% del glaciar. El agua del deshielo, mezclada con rocas, lodo y vegetación, formó un lahar que descendió por el río Lagunilla a velocidades estimadas entre 40 y 60 kilómetros por hora. Alrededor de las 23:15 de la noche, esta avalancha llegó a Armero, transformando por completo el paisaje en cuestión de minutos.

Los mapas geológicos revelan algo profundamente significativo: las tres erupciones documentadas (1595, 1845 y 1985) siguieron rutas notablemente similares por la cuenca del Lagunilla, afectando el mismo territorio general. Este patrón histórico muestra la estrecha relación entre el volcán y el valle donde se ubicó Armero.

La historia de Armero siempre encerró esta paradoja: los mismos suelos volcánicos que habían dado origen a su prosperidad agrícola provenían de erupciones pasadas. La tierra que nutría sus cultivos de algodón y arroz era el legado de eventos geológicos anteriores. Comprender esta dualidad —la generosidad y la amenaza de la naturaleza volcánica— es esencial para entender la historia completa de este territorio.

La catástrofe de Armero no fue, en estricto sentido, un “desastre natural”. Un fenómeno geológico, como la erupción del Nevado del Ruiz, solo se convierte en tragedia cuando impacta a una comunidad vulnerable, y la vulnerabilidad de Armero no era solo física, sino también social e institucional (Cruz Betancourt & Parra Sandoval, 2015; Wilches-Chaux, 1993).

Los antiguos hombres del Sabandija



Antes de que existiera Armero como municipio, este territorio ya resonaba con vida humana. Pueblos antiguos de la familia lingüística caribe remontaron el río Magdalena aprovechando sus riberas fértiles. Esto constituía un regalo de la geografía: vegas amplias, ríos generosos y suelos enriquecidos por erupciones volcánicas ancestrales.

Los panches —como serían conocidos siglos después— convirtieron las Vegas del Sabandija y el Lagunilla en su hogar. No eran nómadas sino agricultores hábiles que domesticaron el maíz y la yuca, alfareros talentosos cuya cerámica policromada asombraba por su refinamiento, y orfebres que trabajaban el oro con maestría. En ese mismo territorio donde siglos más tarde nacería la industria tabacalera y posteriormente la del algodón de Armero, ellos sembraron, construyeron aldeas en terrazas, enterraron a sus muertos con respeto ceremonial, y dejaron un legado que las excavaciones apenas comienzan a revelar.

Cuando los españoles llegaron en 1536 no encontraron tierras vacías. Encontraron una nación organizada, con múltiples cacicazgos, avances en medicina y agricultura, y un arraigo profundo al territorio. La historia de Armero comienza en las manos de quienes comprendieron la riqueza de vivir en armonía con el bosque seco tropical y el río que los proveía. Una historia muy distinta a los relatos coloniales que, sin prueba alguna, los tacharon de caníbales y salvajes guerreros. Relatos que hasta el día de hoy no tienen fundamentación científica.



Los panches: una nación organizada

El pueblo panche habitó el territorio armerita desde hace aproximadamente el año 8.000 a.n.e., cuando llegaron los primeros pueblos caribes que evolucionaron a través de distintos períodos: del paleoindio nómada al arcaico sedentario, del formativo con cerámica monocromada, pasando por el clásico con orfebrería refinada, hasta el posclásico donde consolidaron religión, lengua y sistemas políticos complejos. Lograron excedentes alimentarios, domesticaron animales, y desarrollaron un comercio extenso. Eran una nación numerosa con tres grandes centros de poder: donde hoy están El Espinal, Honda y las Vegas del Sabandija.

La llegada de los pueblos caribes

Alrededor del año 1.000 antes de nuestra era, se produjo otra ola migratoria de numerosos pueblos de habla caribe. Los académicos los clasificarían después como parte de la Cultura Tolima, entre los que estaban los pueblos pijaos, panches y pantágoras. Estos grupos se desplazaron por el río Magdalena hacia el interior del país, aprovechando su corriente como guía y sus riberas como despensa. El río no solo era un camino; era vida. Pescado fresco, suelos renovados por las crecientes, y un clima que permitía cosechar todo el año.

Para entender su desarrollo, se han identificado tres períodos expuestos por Ángel Martínez en *Los inconquistables Panches del Magdalena*.



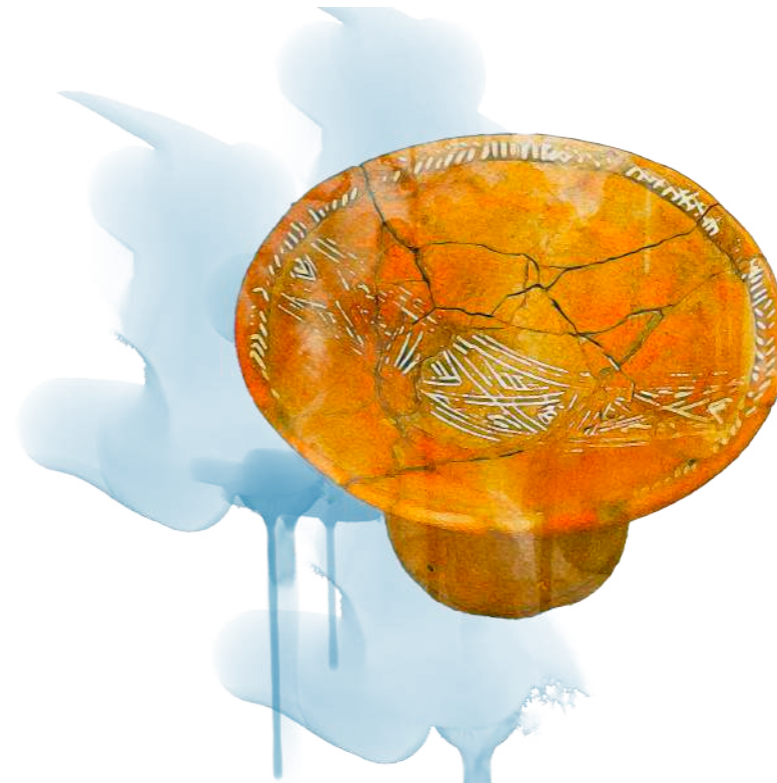


Período preclásico o formativo (400 a.n.e.-200 a.n.e.)

En este período, surge algo fundamental: las comunidades aprenden a sembrar y cosechar. El maíz, la yuca y otros cereales comienzan a crecer bajo el cuidado humano, y por primera vez hay suficiente comida para establecerse permanentemente. Ya no es necesario seguir el rastro de la caza: la tierra alimenta a quien la trabaja. Este excedente transforma todo: permite echar raíces, construir hogares más sólidos y pensar en el futuro.

Las cuevas, que antes eran refugios temporales, se convierten en lienzos vivos donde se plasma la forma de entender el mundo. Los pictogramas que aún hoy podemos ver nos hablan de sus creencias, sus miedos y sus celebraciones. Poco a poco, las viviendas se vuelven más elaboradas, se construyen sobre terrazas talladas en las laderas, se entierran a los muertos bajo las casas para mantenerlos cerca, y la cerámica —al principio sencilla y de un solo color— empieza a refinarse.

La vida en comunidad se complejiza. Surgen líderes, jerarquías y roles definidos. Según el investigador Ángel Martínez, las Vegas del Sabandija y las montañas que rodean el río se convirtieron en uno de los centros de poder más importantes de este pueblo. Tanto, que personas de alto rango eligieron ser sepultadas allí, rodeadas de ofrendas que hoy nos revelan su importancia.



Período clásico (200 a.n.e.-900 d.n.e.)

Continúan las migraciones caribes y destaca la orfebrería y alfarería. El cambio más notorio es que la cerámica se vuelve policromada. Según Martínez, “Las copas ceremoniales con dibujos de pintura resistente mantienen extraordinaria variación en sus formas.”

Aparecen los cacicazgos y la elección de un Cacique. La manufactura textil y el intercambio de mercancías —algodón, oro, cereales, carnes tratadas y sal— se desarrollaron en este período. El establecimiento de viviendas dependía del estatus social: el cacique y los funcionarios vivían en terrazas fijas, mientras que los trabajadores habitaban cerca de los cultivos, moviendo sus bohíos cuando era necesario.



Período posclásico (900 d.n.e.–siglo XVI)

Este fue el período de mayor esplendor para el pueblo panche, que se extendió desde el año 900 antes de nuestra era, hasta el siglo XVI, cuando llegaron los españoles. Durante estos siglos, alcanzaron su máxima expresión artística y social. Sus entierros se convirtieron en verdaderas obras de arte, con hermosas urnas funerarias, copas ceremoniales y delicadas piezas de joyería que hoy nos dejan ver su profunda espiritualidad. La cerámica de esta época muestra colores vibrantes y un acabado impecable, resultado del trabajo de artesanos muy talentosos y organizados que dominaban técnicas sofisticadas.

En estos años, la población se fortaleció de muchas formas: su religión se expandió por todo el territorio, el comercio con comunidades vecinas creció, y las ceremonias rituales se volvieron cada vez más importantes. Las vegas del río Sabandija, en lo que hoy conocemos como Armero, se transformaron en el corazón espiritual de este pueblo, un lugar sagrado donde confluían sus tradiciones más importantes.

Los panches no construyeron grandes ciudades ni tuvieron un solo líder supremo. En cambio, vivían organizados en cacicazgos independientes que funcionaban como una confederación, cada uno con su propio cacique pero unidos por una cultura común. Esta forma de organización, aunque les dio identidad propia, también los hizo vulnerables cuando llegaron los conquistadores españoles, quienes terminaron con su presencia en estos territorios ancestrales.

Conquista y colonia

Con la llegada de Sebastián de Belalcázar y Gonzalo Jiménez de Quesada en 1536 y 1537, la vida de los pueblos ancestrales cambió para siempre. Los primeros encuentros estuvieron marcados por la violencia y el miedo que traían las noticias de lo ocurrido con comunidades vecinas.

Los panches no se rindieron fácilmente. Durante décadas resistieron con valentía, defendiendo cada palmo de su territorio. Sin embargo, los españoles aplicaron una estrategia que resultó devastadora: fundar poblaciones alrededor de su territorio que funcionaban como cercos militares. Honda y Mariquita al norte; Ibagué, Alvarado y Venadillo al sur; Frías y Falan al occidente; Tocaima y Guaduas al oriente. Poco a poco, este anillo de asentamientos fue estrechándose hasta hacer imposible la resistencia.

Con la derrota, estos territorios pasaron a manos españolas bajo figuras como las encomiendas, mitas y resguardos. Los sobrevivientes fueron reagrupados en “pueblos de indios”: Sabandija, Guayabal, Coello, Coloya, Piedras, Ambalema y Venadillo, que debían proveer trabajadores a las aldeas españolas. La Corona española organizó estos territorios mediante leyes: en 1594 expidió

una real cédula sobre tierras baldías, y en 1680 promulgó el Código de Indias que regulaba todo lo concerniente a los pueblos originarios. En 1717, con el establecimiento del Virreinato de la Nueva Granada, estas tierras se dedicaron principalmente a la producción de tabaco. En 1766 se estableció el monopolio del tabaco, lo que permitió a la Corona controlar toda la economía regional.

El trabajo forzado tuvo consecuencias terribles para la población indígena. En 1791, de manera tardía, se crearon resguardos indígenas fuera del control de los encomenderos, buscando proteger a quienes quedaban, aunque para muchas comunidades esta medida llegó demasiado tarde.

En el transcurso de dos siglos, el territorio se transformó completamente: de ser el hogar de comunidades que vivían de la pesca, la siembra y los oficios artesanales en equilibrio con la naturaleza, pasó a estar dominado por haciendas tabacaleras, hatos ganaderos y minas. Este período de grandes cambios finalizó con los movimientos de independencia y el nacimiento de la república.





Las manos que moldearon la memoria

El legado de los panches perdura en los fragmentos que la tierra, generosa guardiana, ha conservado durante siglos. Las excavaciones arqueológicas en las Vegas del Sabandija y sus alrededores siguen revelando sorpresas y vestigios que hablan de un pueblo con una rica cultura material y espiritual.

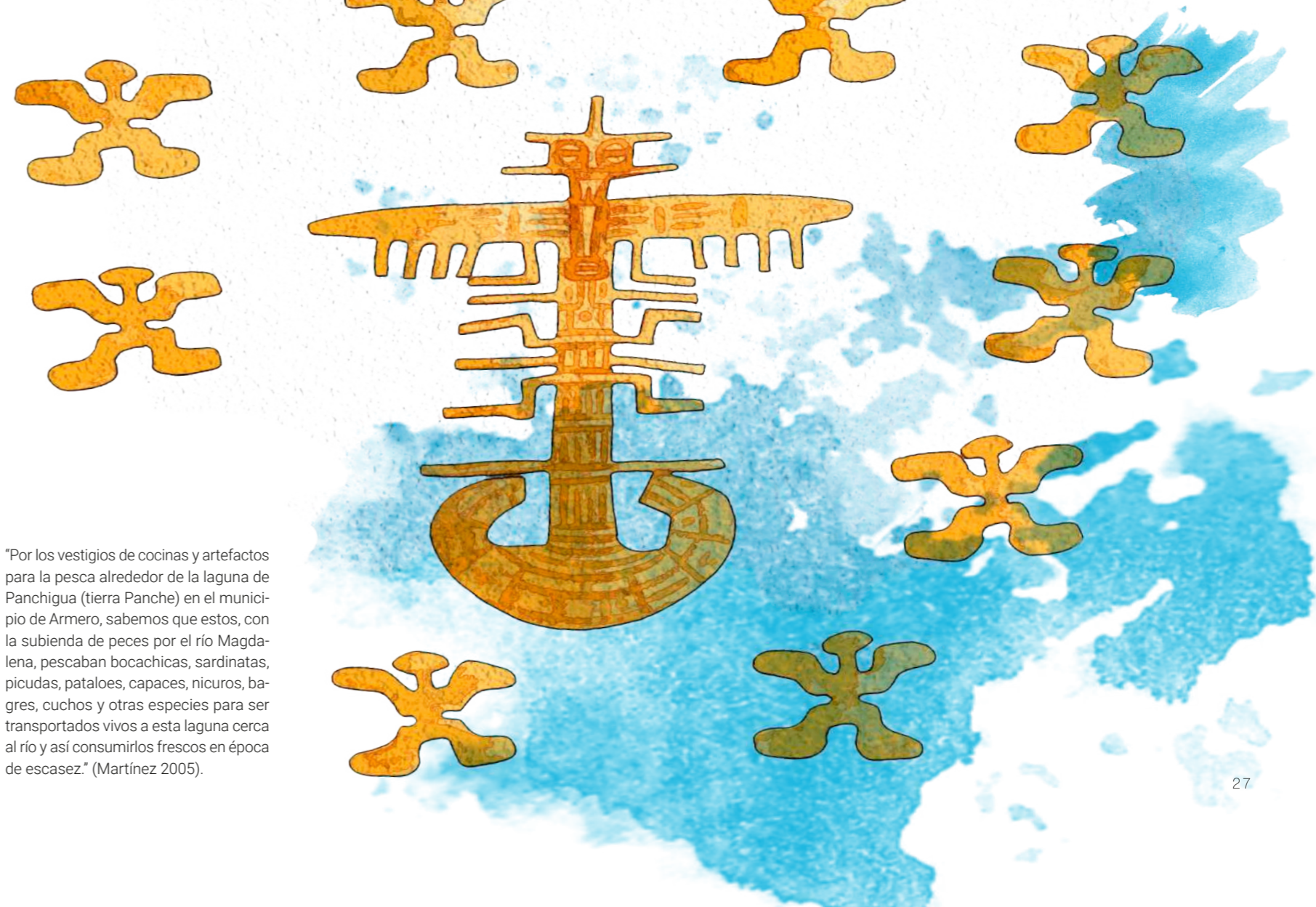
Cerámica

Los indígenas produjeron objetos tanto para el uso cotidiano como para fines ceremoniales. Su cerámica evolucionó notablemente a lo largo de los siglos: desde piezas monocromadas sencillas del período formativo hasta la sofisticada cerámica policromada del período posclásico, con acabados tersos y diseños complejos.

Las vasijas, cuencos, copas ceremoniales con pinturas resistentes y urnas funerarias encontradas son testigos silenciosos de su alimentación, sus celebraciones, sus ritos y su relación respetuosa con la muerte.

Orfebrería

Trabajaron el oro y otros metales con gran destreza. Las piezas de joyería (pectorales, narigueras, orejeras) no solo servían como símbolo de estatus y poder para los caciques y personas importantes, sino que también eran elementos performáticos usados en rituales para conectar con el mundo espiritual. Muchas piezas imitaban las formas de la fauna local o representaban figuras de sus deidades, funcionando como puentes entre lo terrenal y lo sagrado. Un ejemplo notable es “El tesoro del señor de Lumbí”, hallado en 1994, en la vereda Santo Domingo, un conjunto de objetos funerarios que hoy reposan en el Museo del Oro de Bogotá y que revelan el refinamiento alcanzado por estos orfebres.



“Por los vestigios de cocinas y artefactos para la pesca alrededor de la laguna de Panchigua (tierra Panche) en el municipio de Armero, sabemos que estos, con la subienda de peces por el río Magdalena, pescaban bocachicas, sardinatas, picudas, pataloes, capaces, nicuros, bagres, cuchos y otras especies para ser transportados vivos a esta laguna cerca al río y así consumirlos frescos en época de escasez.” (Martínez 2005).



De San Lorenzo a la Ciudad Blanca

Armero no nació en un solo día ni con un trazado definitivo. Su historia urbana es la historia de varios asentamientos que fueron creciendo, conectándose y transformándose gradualmente hasta convertirse en una ciudad próspera.

Los cimientos: de Tasajeras a San Lorenzo

Los orígenes de Armero se remontan a pequeños asentamientos como Tasajeras y, especialmente, al poblado de San Lorenzo, fundado en 1895, el cual se considera el verdadero punto de partida de la futura ciudad.

Su crecimiento inicial estuvo impulsado por el dinamismo económico de la región. Empresarios extranjeros, principalmente ingleses, gestionaban el distrito tabacalero del norte del Tolima y la explotación de minas de plata en zonas cercanas como Frías (hoy Falan). Esta actividad económica atrajo trabajadores de distintas partes del país, estimuló el comercio y creó la necesidad de un centro urbano más consolidado que pudiera dar servicios a la creciente población.



Con el paso de los años, San Lorenzo fue adquiriendo forma de verdadera ciudad. El primer barrio que surge es el Santander, considerado el núcleo fundacional donde se trazaron las primeras calles y se organizaron las manzanas siguientes. Allí se establecieron las familias pioneras, se abrieron los primeros comercios y se empezó a tejer la vida comunitaria que caracterizaría a Armero.

El esplendor arquitectónico

El impulso que transformó a Armero en una ciudad moderna llegó con la bonanza algodonera que inició en la década de 1940. La prosperidad económica no solo se sintió en los ingresos de las personas, sino que se vio reflejada en cada esquina: en las calles bien trazadas, en los edificios que se levantaban con orgullo, en la energía de una comunidad que soñaba en grande.

Armero adoptó el estilo *Art Decó*, esa corriente arquitectónica moderna que llegaba desde las grandes ciudades y que representaba el progreso y la sofisticación. Las casas más prósperas lucían fachadas elegantes, con líneas geométricas bien definidas, calados con figuras limpias, amplios corredores que invitaban al descanso y patios interiores donde las familias se reunían en las

tardes. Todo estaba pensado para hacer más llevadero el calor del valle: techos altos que permiten circular el aire, ventanas grandes que capturan la brisa, y espacios generosos donde la vida fluía con comodidad.

Los edificios comerciales también adoptaron este lenguaje modernista. Con sus grandes ventanales y sus fachadas impecables, proyectaban una imagen de ciudad que miraba hacia el futuro. Caminar por las calles de Armero era sentir que se estaba en un lugar especial, donde había un genuino sentido de orgullo por lo construido.

Con más de 4,000 viviendas, dos hospitales (uno psiquiátrico y otro de tercer nivel), clubes, cuatro parques, ocho centros educativos y un teatro. Siendo así, como se reconoce las dinámicas que para el siglo XX se dieron en la economía local y la productividad de Armero en sus diferentes nodos (Culturas, 2023).





El motor de la prosperidad

En 1958, el historiador francés Emmanuel Le Roy Ladurie propuso algo revolucionario. Para entender la historia de un pueblo, hay que mirar más allá de batallas y nombres de reyes y mártires. Hay que observar la tierra misma, sus ciclos, su geografía implacable. La historia de Armero es exactamente eso: un relato donde la tierra escribió tanto su inicio como su final. Los mismos lahares que en 1595 y 1845 dejaron desolación, también depositaron los minerales que convirtieron a Armero en un emporio productivo.



El legado del Kumanday

La excepcional prosperidad de Armero se sembró en su tierra. Los suelos del valle no eran fértiles por casualidad; eran el resultado de un largo proceso geológico, un legado directo del volcán Nevado del Ruiz, o el Kumanday, como lo llamaban los pueblos originarios. Durante siglos, las cenizas y minerales expulsados por el volcán y distribuidos por los ríos Lagunilla y Sabandija habían creado una capa de tierra extraordinariamente rica y productiva. Esta condición natural, sumada al clima ideal del valle —con temperaturas entre 24°C y 34°C— convirtió a la región en el escenario perfecto para el desarrollo agropecuario.

Desde tiempos coloniales, el territorio vivió una gran transformación. Lo que alguna vez fue hogar de indígenas dedicados a la pesca y a los oficios tradicionales, se convertiría en un motor económico para toda una región. Las primeras noticias de cultivos organizados datan de 1635, cuando Francisco de Arciniegas, un emprendedor vizcaíno, trabajó las tierras de Tasajera y Lagunilla. Durante los siglos XVII y XVIII, la vida económica se organizó alrededor de las haciendas. Mientras en las minas de Santa Ana y La Manta se extraía oro y plata, en las vegas





junto a los ríos crecían con fuerza los cultivos de cacao y los trapiches de caña de azúcar.

El siglo XIX trajo nuevos aires. Después de la Independencia, en 1822, la importante Hacienda Lagunilla dio paso al Colegio San Simón por decreto oficial. Las antiguas estructuras coloniales fueron sucedidas a una nueva generación de propietarios y empresarios que buscaban el crecimiento de estas tierras productivas.

El tiempo dorado del tabaco

Hacia mediados del siglo XIX llegó un momento especialmente próspero: el tabaco de excelente calidad se convirtió en el tesoro más codiciado de la región. Las grandes haciendas —La Florida, La Unión, El Santuario, Maracaibo y Santo Domingo— construyeron fábricas donde se producía aguardiente y se procesaba tabaco, impulsando el famoso auge tabacalero del vecino municipio de Ambalema.

En este contexto, Armero encontró su verdadera vocación: convertirse en el centro comercial que conectaba a los productores con los mercados. Durante la bonanza del tabaco, la ciudad servía como punto clave para la comercialización de la producción de la Factoría Inglesa

de Ambalema. Comerciantes, arrieros y trabajadores se encontraban aquí para hacer negocios.

Al mismo tiempo, florecía la ganadería. Las haciendas se transformaron en complejos agropecuarios. Incluso cuando llegaron tiempos difíciles —como la Guerra de los Mil Días (1899-1902) y la crisis económica de principios del siglo XX—, estas tierras mantuvieron su tradición de trabajo y desarrollo. La relación entre ciencia y producción fue clave: en 1935 se fundó la Escuela Pecuaria, que en 1967 estableció vínculos con la Universidad del Tolima. La Caja de Crédito Agrario (1938) financió la tecnificación agrícola. Pero el verdadero catalizador llegó en 1948 con la creación de la Federación Nacional de Algodoneros y el Instituto de Fomento Algodonero.

La desmotadora: el corazón que hacía latir a Armero

La fertilidad del suelo era apenas el principio de la historia. Para convertir el “oro blanco” en verdadero progreso, Armero necesitaba algo más: las herramientas adecuadas y las conexiones correctas.

Desde el siglo XIX, el Ferrocarril de La Dorada, trazó su camino pasando por el municipio y conectándolo con

Ibagué. Este detalle, que podría parecer menor, transformó a Armero en un punto estratégico del mapa tolimense. Con esta conexión, toda la producción local pudo expandir su alcance hacia mercados más amplios y diversos. Así, el salto llegó con la instalación de la desmotadora de algodón. Esta máquina, que para muchos era una maravilla de la tecnología moderna, permitía procesar grandes cantidades de algodón de manera eficiente. Gracias a ella, buena parte de la producción regional pasaba por Armero para ser transformada y preparada para la venta.

El éxito fue tal que Armero se convirtió en sede de la Federación Nacional de Algodoneros de Colombia. Esto significaba que la ciudad no solo producía algodón, sino que también lideraba y organizaba toda la industria algodonera del país. La desmotadora, junto con el ferrocarril y una red cada vez más amplia de bancos, revolucionó todo el proceso del cultivo.

Los números hablan por sí solos. Entre 1951 y 1960 la producción de algodón creció nada menos que un 390%. Para 1959, el algodón representaba casi la mitad de toda la producción agrícola del municipio (48.12%). Pero Armero no ponía todos sus huevos en una sola canasta. También se cultivaba ajonjolí (12.45%), maíz (13.65%), arroz (8.30%), café (6.17%), plátano y banano (5.59%), y en menor medida yuca, caña de azúcar, arracacha y cacao.





El pulso de una ciudad activa

Cuando se habla de Armero, se piensa en toneladas de algodón, porcentajes de producción y hectáreas cultivadas. Pero detrás de esas cifras había algo mucho más vivo y cercano: un entramado de negocios, sueños y esfuerzos que le daban alma a cada rincón del territorio.

Para 1945, Armero ya contaba con 31 factorías, posicionándose como el segundo polo industrial del departamento, solo después de Ibagué, que tenía 138. Esta cifra dice mucho: era una ciudad joven pero con una energía industrial sorprendente.

Entre las empresas más queridas y recordadas estaba La Bogotana, una fábrica de gaseosas que refrescaba no solo a los armeritas sino también a los habitantes de los pueblos vecinos. También estaba la primera sede de los almacenes Yep, pioneros en el comercio de la región. Por las noches, la ciudad se llenaba de risas, música y encuentros sociales. Discotecas como El Castillo y la Caseta Picapiedra eran los lugares donde las familias se reunían a celebrar, a bailar y a construir comunidad. Los fines de semana, estas pistas se llenaban de gente de todas las edades.

El comercio era el verdadero corazón que hacía latir a la ciudad. Por las calles principales se alineaban alma-

cenas que ofrecían productos de primera calidad, desde ropa hasta electrodomésticos. Los bancos (el Banco Agrario, el Banco de Colombia y el Banco de Bogotá) daban fe de la solidez económica del municipio y facilitaban que los agricultores y comerciantes expandieran sus negocios.

Y luego estaban esos lugares que todos recordaban con cariño: los restaurantes donde se compartía en familia, las panaderías que perfumaban las mañanas con el olor del pan recién horneado, y cafeterías como el legendario Café Hawái. Allí, entre tazas de café y conversaciones largas, se cerraban negocios, se hacían amigos y se tejía esa red invisible pero fuerte que sostiene a toda comunidad.





El nodo de las comunicaciones

Armero estaba situada estratégicamente en un punto donde todo y todos parecían cruzarse. La Estación del Ferrocarril de la ruta La Dorada-Ibagué era más que un lugar para cargar y descargar mercancías. Allí se encontraban el agricultor que enviaba su cosecha, el comerciante que esperaba su pedido, las familias que se reencontraban después de largos viajes. Empresas de transporte como Rápido Tolima establecieron rutas permanentes, y hasta pequeñas compañías de aviación dedicadas a fumigar cultivos operaban desde aeródromos locales. Este dinamismo trajo consigo un crecimiento notable. La ciudad llegó a tener más de 4.000 viviendas, dos hospitales (uno psiquiátrico y otro de tercer nivel), clubes sociales donde la gente se reunía, cuatro parques para el esparcimiento, ocho centros educativos y hasta un teatro. Ofrecía una calidad de vida que atraía a trabajadores de todo Colombia e incluso del extranjero. Los números lo confirman: entre 1938 y 1985, la población se duplicó, pasando de 14,084 a 29,394 habitantes. Cada nueva familia que llegaba lo hacía porque veía oportunidades, porque sentía que en Armero había futuro.





Una ciudad que sabía celebrarse

En la memoria de los sobrevivientes brilla con especial fuerza los recuerdos de las festividades de Armero. Las fiestas del Amor y la Amistad, las noches bailando en El Castillo, el orgullo colectivo cuando las Danzas Folclóricas triunfaron en escenarios nacionales e internacionales. Quienes vivieron allí lo saben: en Armero se celebraba con la misma pasión con la que se trabajaba.



El grupo se dedicó a investigar y difundir danzas del departamento, como la Guabina Trenzada, la Danza de los Monos y la Caña de Trapiche (Viana Castro, 2005, p. 180).

La influencia de la maestra Inés Rojas

Las danzas folclóricas hacían vibrar a Armero, y en el corazón de ese movimiento estaba la maestra Inés Rojas Luna. No era simplemente una instructora: era la guardiana de las tradiciones que supo convertir los pasos de baile en memoria del Tolima entero. Gracias a su dedicación y amor por las raíces, hoy conocemos la coreografía del Sanjuanero Tolimense, declarado patrimonio inmaterial de la región.

Todo comenzó en 1958, cuando junto a Misael Devia dio vida a lo que más tarde se convertiría en las célebres Danzas Folclóricas de Armero. La maestra Rojas Luna llegó a recuperar lo que llamó la "arqueología del bambuco", estudiando con pasión cada ritmo tradicional, desde bambucos y torbellinos hasta guabinas, sanjuaneros, rajaleñas y juegos coreográficos. Con el tiempo, fundó y dirigió diversos grupos especializados en estos ritmos autóctonos. A través de sus enseñanzas formó a generaciones completas de bailarines que no sólo aprendieron los pasos, sino que crecieron con un profundo orgullo por sus raíces. La danza, bajo su guía, se transformó en un pilar fundamental de la identidad cultural armerita.

El talento y la dedicación del grupo no pasaron desapercibidos. Los reconocimientos llegaron uno tras otro: primer premio en el Concurso de Bavaria en Bogotá en 1959, el codiciado Monte Dorado en el Carnaval de Barranquilla en 1960, la representación de Colombia en el Festival Internacional de Danzas Folclóricas de Manizales en 1963, el primer lugar en Polinesios Colombianos en 1971, y la placa de oro en el Festival Mundial de Folclor en Bogotá en 1984, apenas un año antes de la tragedia.





La banda sonora de la ciudad

La vida social de Armero tenía su propia banda sonora. Entre los reconocidos ensambles musicales destacan Las Águilas del Norte y El trío Tolima, quienes con su repertorio de música popular,ailable y tradicional, se convirtieron en protagonistas de fiestas, reuniones familiares y eventos cívicos, reflejando la alegría y el espíritu comunitario del municipio.

Otros conjuntos recordados son Lluvias de Recuerdos y Los Músicos Bufos, conocidos por el humor de sus letras.

Los sabores de la tierra caliente del Norte del Tolima

La identidad de Armero también se cocinaba, se servía y se compartía en la mesa. Su gastronomía era generosa, marcada por la riqueza de los ríos cercanos y las tradiciones que llegaban con cada familia migrante que hacía de la ciudad su hogar.

Entre los platos más queridos estaban las preparaciones con pescado fresco, especialmente el viudo de bocachico o capaz, un plato que reunía en un solo

caldero los frutos de la tierra —plátano, yuca, papa— con la pesca del día. Estos ingredientes se conseguían en la concurrida plaza de mercado, el corazón donde las familias se encontraban, conversaban y hacían sus compras mientras el aroma de los alimentos frescos inundaba el aire.

Naturalmente, no podían faltar los clásicos del Tolima: el tamal y la lechona, protagonistas infaltables en celebraciones y días especiales, cuando las familias se reunían para festejar. En el día a día, la dieta incluía los frutos de las cosechas locales, como el maíz, con el que se preparaban arepas que acompañaban casi cualquier comida, y las frutas tropicales que crecían abundantes gracias al clima cálido de la región.

Espacios de encuentro

La vida comunitaria se manifestaba en parques, clubes y festividades. La celebración más importante era el Festival del Amor y la Amistad, descrito como una fiesta muy sana y alegre, con gran participación popular. Destacaba la comparsa La Familia Castañeda, inspirada en el Carnaval de Blancos y Negros de Pasto, que representaba satíricamente a toda la sociedad.





El Parque Los Fundadores era el centro de la vida social, lugar de encuentro después de la misa dominical para conversar y comer los tradicionales raspados. El Parque Infantil Jorge Eliécer Gaitán era espacio de recreo para niños y refugio para parejas de enamorados.

La sociabilidad se desarrollaba en el Club Campeste, en cafés como el Ancla o el Hawái, discotecas como El Castillo y la Caseta Picapiedra, y el Teatro Bolívar. Como alternativa de esparcimiento al aire libre, existían los paseos de olla a los ríos Sabandija, Lagunilla y Lumbí.

Un foco de conocimiento y educación

Armero era también un centro importante para la ciencia y la educación. Su institución más emblemática fue el Serpentario de Armero, conocido oficialmente como el Instituto Nacional de Salud Samper Martínez, el más importante de Colombia y el segundo en importancia de Latinoamérica. Este centro cumplía una doble función: era una atracción que recibía visitantes de todo el país y, al mismo tiempo, producía suero antiofídico, el único tratamiento efectivo contra las mordeduras de serpientes venenosas. Su director, José Ignacio Castillo,

ganó reconocimiento por su habilidad para manipular serpientes mientras extraía su veneno.

La ciudad también albergaba el Museo Antropológico Carlos Roberto Darwin, fundado por Edgar Efrén Torres Mosquera. Este espacio se dedicaba a preservar el patrimonio arqueológico del municipio, permitiendo que los armeritas conocieran y valoraran sus raíces prehistóricas.

El sistema educativo de Armero atraía estudiantes de toda la región por su reconocida calidad. Entre sus instituciones destacaban el Instituto Armero, el Colegio La Sagrada Familia —con su imponente edificio de dos pisos, teatro y capilla—, el Colegio Americano y el Colegio San Pío. Además, la Universidad del Tolima contaba con un programa de extramuros y una granja experimental que servía como centro de prácticas para estudiantes de agronomía y veterinaria.

El deporte en Armero

El deporte ocupaba un lugar importante en la vida diaria de Armero. Las canchas y el coliseo formaron a deportistas que representaron a la ciudad en competencias nacionales.





El fútbol reunía a la gente. El equipo *Racing* llenaba las tribunas cada fin de semana, y los jóvenes recorrían en bicicleta las calles y caminos cercanos. Entre los deportistas más reconocidos que nacieron en Armero están Elizabeth Oviedo, campeona nacional de gimnasia que murió en la tragedia, y Lester Francel Bonilla, que en 1972 representó a Colombia como exponente de halterofilia en los Juegos Olímpicos de Múnich.

Gracias a Jesús Helí Oviedo, Armero llegó a destacarse primordialmente en el levantamiento de pesas. Arribó a la ciudad a los 13 años, escapando de la violencia que azotaba el Líbano. Desde los 14 probó varios deportes: fútbol, ciclismo, atletismo, boxeo. Una lesión lo alejó del fútbol y lo acercó a las pesas, donde encontró su lugar. Junto con su hermano Alonso, fueron los primeros campeones de pesas del Tolima. Helí compitió hasta 1971 y luego se dedicó a entrenar. En 1980 fue declarado el mejor entrenador de Colombia. Estuvo en los Olímpicos de Múnich, en siete campeonatos mundiales y en varios torneos panamericanos y centroamericanos. Entrenó a veintiocho campeones nacionales, varios de ellos de su propia familia. Impulsó la construcción del único coliseo especializado en levantamiento de pesas de Suramérica.





La noche de la tragedia

En la historia reciente de Colombia, uno de los momentos que nos ha llevado a replantear nuestra relación con la naturaleza y los sistemas de emergencia fue la tragedia de Armero del 13 de noviembre de 1985. La muerte de más de veinte mil personas junto con la pérdida de uno de los centros urbanos de producción más importantes del Tolima reconfiguró, sin duda, la manera en que las poblaciones se relacionan con los fenómenos naturales a los que están ligados. Armero, la próspera Ciudad Blanca, fue arrasada por una avalancha de lodo y escombros que la borró del mapa y dejaría una profunda huella en la memoria nacional. Esta catástrofe, aunque de origen natural, se vio exacerbada por la ineficacia en la prevención y la comunicación a la población por parte de las autoridades y los organismos institucionales.



Las señales ignoradas

La tragedia de Armero no llegó sin avisos. El Nevado del Ruiz llevaba casi un año mandando señales: desde finales de 1984, el cráter Arenas mostraba signos claros de reactivación volcánica. Hubo movimientos telúricos, ruidos subterráneos, un notable aumento en la actividad fumarólica y cambios en el color de la nieve por la presencia de azufre. La montaña emitía señales de alerta, pero las autoridades no tomaron estas advertencias con la seriedad necesaria.

La alerta más evidente llegó el 11 de septiembre de 1985 —dos meses antes de la tragedia—, cuando una fuerte emisión de ceniza del cráter Arenas cubrió Manizales y Chinchiná, y causó un pequeño flujo de lodo por el río Azufrado que bloqueó la vía Manizales-Murillo. Este evento llevó a INGEOMINAS a elaborar mapas de riesgo que señalaban claramente el peligro: los ríos Lagunilla, Gualí y Azufrado representaban zonas de alto riesgo por los sedimentos que podrían arrastrarse en caso de erupción. Los mapas identificaban con precisión la amenaza que enfrentaba Armero por el cauce del río Lagunilla.

Una advertencia profética, pero con precisión asombrosa, tampoco se hizo esperar. El historiador Helio Fabio González Pacheco, tras estudiar los eventos de 1595





y 1845, escribió un artículo titulado *¡SOS! ¡El Norte del Tolima en Peligro!*, en el que anticipó el posible desbordamiento del río Lagunilla por el desprendimiento del glaciar del volcán Nevado del Ruiz. En su texto pedía a las autoridades declarar la zona en emergencia y planificar una evacuación. Su artículo fue publicado por el periódico *El Tiempo* cuatro días después de la tragedia.

A pesar de todas estas señales (científicas, históricas, ciudadanas), las advertencias fueron desestimadas. El alcalde de Armero, Ramón Antonio Rodríguez, intentó una y otra vez alertar a la población y a las autoridades superiores, pero sus llamados fueron ignorados o minimizados. La Defensa Civil transmitió un mensaje de tranquilidad, asegurando que no había una emergencia grave. Las señales no se escucharon hasta que ya era demasiado tarde.

Se convirtió en un exceso de agua que descendió por las laderas empinadas de los cauces de los ríos Lagunilla y Azufrado a aproximadamente 40Km/h y/o 60Km/h, posibilitando el arrastre de rocas, lodo, suelo y vegetación, el cual, llegando a Armero que, asentado en un suelo de depósito, arrastró la ciudad como una avalancha.

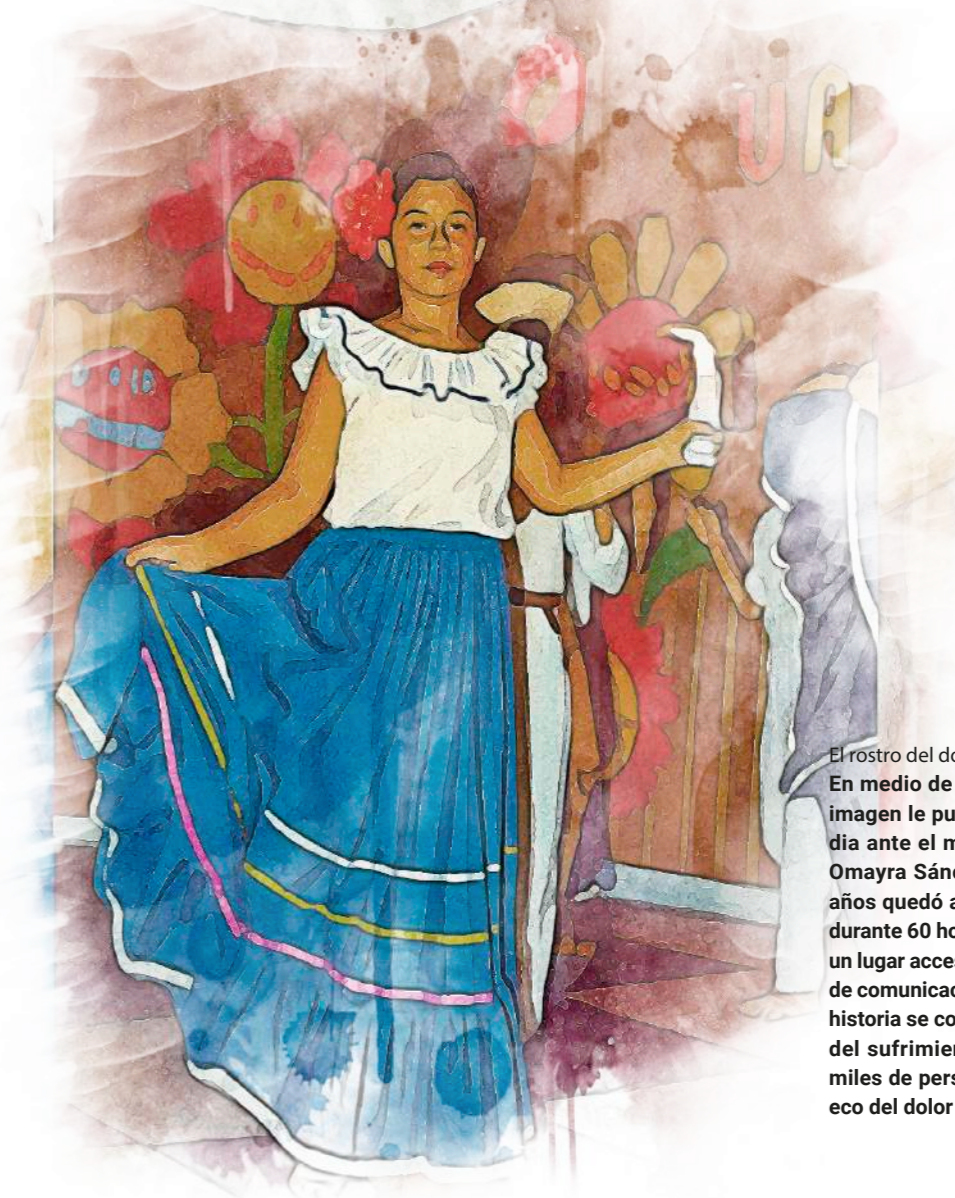
La mañana siguiente: un desierto de lodo

Con las primeras luces del 14 de noviembre, lo que parecía inimaginable se confirmó: el primer reconocimiento aéreo, realizado por Leopoldo Guevara Sepúlveda, fue implacable: donde había estado Armero ahora solo había un inmenso playón de lodo. Su primer reporte fue directo y demoledor: "Armero fue borrado del mapa". Quienes llegaron posteriormente describieron la escena como un terreno completamente plano, semejante a "la plancha de una casa", donde nada había quedado en pie.

La ciudad próspera, con sus calles, sus casas, sus parques y sus miles de habitantes, había desaparecido. En su lugar quedaba un silencioso desierto de lodo gris del que emergían, aturdidos y heridos, los pocos sobrevivientes. La magnitud de lo sucedido superó completamente la capacidad de respuesta: los equipos de rescate no tenían el equipamiento necesario, y los socorristas de la Defensa Civil de Armero habían tenido que abandonar su sede por la inundación.

La tragedia cobró entre 22.800 y 25.000 vidas, dejó entre 4.500 y 5.000 heridos, y entre 7.100 y 9.000 sobrevivientes sin hogar. Aquella noche del 13 de noviembre de 1985 quedó grabada en la memoria de Colombia. Las ruinas de Armero guardan esa memoria, no solo

como el recuerdo de una tragedia, sino como evidencia de que este desastre pudo haberse evitado con las decisiones adecuadas de las autoridades. Es una lección dolorosa que nos obliga a actuar con responsabilidad ante situaciones similares, para evitar que vuelva a repetirse.



El rostro del dolor

En medio de la devastación, una imagen le puso rostro a la tragedia ante el mundo: la agonía de Omayra Sánchez. La niña de 13 años quedó atrapada en el fango durante 60 horas y permaneció en un lugar accesible para los medios de comunicación y rescatistas. Su historia se convirtió en el símbolo del sufrimiento que padecieron miles de personas esa noche, un eco del dolor de todo un pueblo.





La noche del 13

Por Hernan Nova

El miércoles 13 de noviembre de 1985 a eso de las cuatro de la tarde comenzó a caer un sutil polvo blanco sobre la ciudad de Armero. La gente experimentó molestia en los ojos y la garganta. Poco después por los altoparlantes de la torre de la iglesia y por la emisora local *Radio Armero*, se dieron recomendaciones de permanecer en casa y protegerse con tapabocas de aquella ceniza proveniente del volcán. Para algunos fue la primera vez que escucharon hablar de este, al cual solo conocían como el hermoso Nevado del Ruiz, de pronto convertido en volcán. La inmensa columna de ceniza había comenzado a salir por el cráter Arenas a eso de las 15:05 horas, a 5.360 metros de altura, unos 5 kilómetros arriba de Armero en la cordillera central, donde nacen los ríos Recio, Lagunilla, Azufrado, Gualí, la quebrada Nereidas y el río Claro.

Durante los últimos meses se habló en el pueblo del riesgo que representaba la represa del Sirpe, ubicada unos 18 kilómetros arriba en el cañón del río Lagunilla, con sus inmensas rocas. Una comisión integrada por representantes de la alcaldía, la gobernación, la Cruz Roja y varios ciudadanos descendió por la empinada pared rocosa y divisó con espanto el gigantesco depósito de agua que se cernía sobre la ciudad.

Ramón "Moncho" Rodríguez, el alcalde de Armero, oriundo de la cercana ciudad del Líbano, estaba muy preocupado. Había ido ese lunes a la gobernación a solicitarle al mandatario Eduardo Alzate García el aporte necesario para contratar al experto en explosivos. Este debía dinamitar aquellas rocas de manera controlada para permitir desaguar la laguna y que dejara de representar un peligro para Armero. Salió frustrado y furioso





de aquella entrevista. La respuesta fue contundente: que no molestara más con ese tema de la represa y el volcán. En la gobernación ya lo apodaban “el loco de Armero”.

En días anteriores, el arquitecto César Zárate, también de Armero, subió sobre una roca en el cauce del Lagunilla, unos 1.000 metros arriba del parque central Los Fundadores. Miró al oriente en dirección a la ciudad y sintió verdadero pánico: la cúpula de la iglesia estaba justo enfrente, en línea directa con el cauce del río; unos 100 metros más abajo, el Lagunilla se curvaba hacia el oriente bordeando la ciudad, pasando bajo el puente de la vía nacional que conducía al barrio El Carmelo y a los cercanos municipios de El Líbano y Lérida, para luego seguir su curso entre las extensas haciendas hasta perderse en el río Magdalena.

Por *Radio Armero* y los parlantes de la torre de la iglesia se siguieron emitiendo advertencias antes del inicio de la misa a las 18:00 horas. Ya era notoria la capa de ceniza cubriendo los carros, y al finalizar la eucaristía el padre Osorio comentó que esto era un fenómeno natural del volcán. Él debía viajar hacia Ibagué a eso de las ocho de la noche para amanecer en la arquidiócesis y asistir a primera hora del jueves a la reunión de los presbiterios de la región, ya que era el representante del norte del departamento.

Inírida escuchaba con preocupación la fuerte lluvia que golpeaba el tejado de zinc. Mientras metía en la cama a sus dos pequeñas hijas, recordaba los comentarios sobre la represa del Sirpe y lo que dijo un vecino: “representa un peligro para quienes vivimos tan cerca de la acequia”. Los mayores aún recordaban cómo el 8 de julio de 1950, una gran creciente del río Lagunilla rompió la bocatoma y envió su cauce por aquel canal de riego destruyendo veintiocho casas y la fábrica de hielo.

Cuando la mujer encendió la radio escuchó por la emisora al profesor Torres hablando del fenómeno natural que estaba viviendo la ciudad. Los habitantes ignoraban que hacía ya un buen rato, a las 21:20 horas, el volcán Nevado del Ruiz había hecho erupción de flujos piroclásticos y aquellas piedras incandescentes caían sobre los glaciares de la cumbre, derritiendo la nieve en kilómetros alrededor del cráter de 900 metros de diámetro, por donde el magma emergía desde las profundidades de la tierra en violentas nubes de fuego. Los habitantes del pueblo de Murillo observaron con espanto el resplandor sobre la montaña y sintieron el fuerte y profundo rugido. Era el despertar del legendario “león dormido” del cual se habló durante décadas. Kilómetros más abajo, en el parque central de El Líbano, el profesor Fernando Gallego escuchaba la creciente que retumbaba por el cañón del

Lagunilla y hacía estremecer el suelo. Pensó con temor que sería señalado de “profeta de desgracias”, como decía aquel comunicado oficial que le envió el alcalde del Líbano un par de meses antes, prohibiéndole so pena de cárcel continuar realizando las conferencias y reuniones donde advertía de la erupción del volcán y alarmaba a la población. Llegó a esa conclusión solo con observación directa en sus ascensos al nevado, y había predicho una erupción para esas fechas precisamente. Tampoco el gobierno nacional atendió el informe del INGEOMINAS donde los científicos advertían todo aquello. “Apocalíptico”, lo llamó el ministro de minas.

Desde los pueblos de la cordillera muchos llamaron por teléfono y por los radios de onda corta a la Cruz Roja, Defensa Civil y Bomberos, también al alcalde, que al enterarse marcó en el disco del teléfono los números para consultar con el gobernador acerca de ordenar la evacuación de los 30 mil habitantes de Armero. Era consciente que no se habían realizado ejercicios de evacuación, que no se habían trazado las rutas de salida, ni los puntos de encuentro en las cercanas colinas que rodean Armero por el norte y todo el oriente. “Moncho” dejó de insistir al teléfono y comenzó a llamar a reunión a los miembros del comité de emergencias

del municipio. A eso de las 22:30 horas el personero municipal recibió la llamada del alcalde convocándolo a su despacho. Kilómetros arriba el lahar de lodo, piedras y árboles arrancados de las paredes de los cañones de los ríos Lagunilla y Azufrado bajaba raudo la pendiente aumentando a cada metro del descenso su masa y velocidad.

El profesor Navarro, rector del Colegio Nocturno, quedó perplejo al ver caer la gruesa ceniza. Decidió junto con el coordinador académico enviar a los estudiantes a sus casas. Llovía arena a chuzos y montones de ceniza cubrían ya los suelos. Algunos vieron los neumáticos de carro que tenían en sus casas como flotadores. Serían su tabla de salvación por si se desbordaba la acequia y llegaba la inundación. El joven Angarita se sintió aliviado porque tenía un refugio en lo alto del palo de mango de su patio. Unas semanas atrás había decidido construir aquella plataforma entre las ramas, una escalera, un rudimentario techo, agua y algunos víveres, con lo que se sustentarían junto con su padre y madre mientras llegaban a rescatarlos de la inundación.

Ninguno de los desprevenidos habitantes de Armero concebía la magnitud de la masa que descendía arrasando árboles y rocas. A ninguno le enseñaron en la escuela primaria o el bachillerato lo que estaba escrito





en libros de historia y ciencia acerca de los lahares o avalanchas que habían bajado por este mismo cauce; sobre el desastre ocurrido en 1595 narrado por fray Pedro Simón, cronista de los conquistadores españoles, o sobre los relatos del geólogo Joaquín Acosta acerca de la tragedia ocurrida en 1845 donde fallecieron unas mil personas. Ahora otro lahar de esas características bajaba por el cañón acercándose cada vez más a sus casas. Todo era tal como lo conocían los pocos que asistieron quince días antes a la reunión en la iglesia de San Lorenzo. Allí vieron el mapa de amenaza volcánico recién diseñado por Ingeominas, vieron su pueblo como una mancha roja al final de un hilo rojo que nacía en el cráter del volcán. Era el cauce del río Lagunilla, como lo describió el vidente profesor Gallego.

En Murillo, casi dos horas antes, Don Genaro había escuchado una sorda explosión que retumbó y segundos después fue seguida por otra igual. Cuando la luz se fue a las 23:15, se dijo: “se acabó Armero”. Él sabía que la red de energía eléctrica venía de Armero. También en Villahermosa, el Líbano, el Convenio, San Pedro, Frías y toda aquella zona de la cordillera central hubo oscuridad absoluta. La creciente de agua rompió la bocatoma de la acequia, destruyendo la subestación de energía. Las explosiones de los grandes transformadores iluminaron

la oscuridad de la noche y el rector del Colegio Nocturno vio desde su automóvil la inmensa ola que reventó desde la hondonada del Club Campestre sobre la Vía Nacional. Estaba esperando a su esposa y su suegro a que salieran, pero a pesar del insistente sonar del pito del carro y sus desesperados gritos, no lo hicieron. Una corriente empujó el auto y aceleró para escapar. Al mirar por el retrovisor pudo ver horrorizado cómo su casa implosionaba y el techo volaba por los aires.

Apenas se fue la luz, Inírida levantó apresuradamente a las niñas y salieron corriendo en dirección norte alejándose de la acequia. El cauce rugía y estremecía el suelo con el tropel de millones de piedras que se estrellaban. El personero llegó en el *jeep* rojo de bomberos hasta el cruce de la carrilera. Subía por toda la calle 12 hacia el centro para la reunión en la alcaldía. Alcanzó a reconocer a Aranzalez que bajaba en su carro y al pasar sobre los rieles de la carrilera le gritó: “la avalancha ya viene por el parque”. Muy cerca, Inírida y sus niñas corrían atravesando el parque del barrio Santander buscando los cerros de vallecitos. Cuando vieron al cielo, las luces de un auto alumbraron la inmensa sombra que sobresalía sobre ellas, por encima de las altas bodegas del ferrocarril.

A pesar de la cercanía de aquella masa el suelo no estaba inundado. El personero saltó del *jeep* rojo y corrió

como nunca lo había hecho en sus años de atleta. Regresó por la calle 12 hacia su casa y, sin tiempo para dar explicaciones, sacó desesperadamente a sus hijos y su mujer y echaron todos a correr. Atravesaron el puente de la quebrada La Limera y comenzaron a subir las lomas del Cerro de la cruz. No se detuvieron para ver cómo tras de ellos, la avalancha ya con los fragmentos de la ciudad, se estrellaba violentamente contra el cerro, para doblar al sur y seguir bajando hacia el oriente buscando el Magdalena.





Ruinas que transmiten memoria

La noche de la tragedia del 13 de noviembre de 1985, la que fue entonces la Ciudad Blanca se convirtió en un vasto espacio de duelo y memoria. Este evento catastrófico reconfiguró el paisaje emocional y físico de la región, dando origen a espacios de recuerdo que, como santuarios y sitios de contemplación, han desempeñado un papel clave en los ejercicios de memoria e identidad postragedia.

Las ruinas de Armero son, para muchas personas, el cementerio más grande de Colombia y un camposantodonde yacen miles de almas. Este lugar, que fue una

ciudad estratégica con una pujante tradición agroindustrial y cultural, se convirtió en símbolo de devastación y pérdida. Sin embargo, también es un espacio de profunda significancia que, lamentablemente, por muchos años se encontraba en un aparente estado de abandono, con maleza cubriendo las edificaciones y tierras invadidas por ganaderos. La falta de un cuidado adecuado y la ausencia de reconocimiento digno lastiman a los armeritas y la memoria viva que aún se mantiene.



Los vestigios de una ciudad: lugares de memoria

Cuando la avalancha se llevó a Armero, algunas estructuras resistieron. Hoy, estas ruinas son los últimos testigos físicos de lo que fue La Ciudad Blanca, espacios donde sobrevivientes, familiares y visitantes llegan a recordar.

El cementerio: el lugar que sobrevivió

Paradójicamente, el lugar de los muertos fue uno de los que mejor resistió. Por su ubicación en un altozano, el cementerio no fue destruido por la avalancha. Sus bóvedas y lápidas permanecieron en pie, testimonio de las generaciones que vivieron y murieron en Armero antes de la tragedia.

Sin embargo, durante cuatro décadas ha sido saqueado. Lápidas de piedra y mármol han desaparecido, incluso el Ángel que marcaba la entrada, recordado por muchos sobrevivientes, fue robado. Este deterioro contrasta dolorosamente con el valor que este lugar tiene para quienes perdieron a sus seres queridos allí.





Las Iglesias de San Lorenzo y El Carmen

La Iglesia de San Lorenzo fue destruida completamente por la avalancha. Ese edificio había sido el centro de la vida religiosa de Armero: las misas diarias, las fiestas de los santos, los matrimonios y bautizos. Después de la tragedia, fue construido otro templo en su honor, en el barrio Ciudadela Simón Bolívar en Ibagué, usando ladrillos recuperados de las ruinas originales.

En el sitio donde estuvo quedan algunos vestigios, partes de paredes, fragmentos de la baldosa que llevaba al atrio, un pedazo de la cúpula y la cruz. Estos restos marcan el lugar que fue el corazón espiritual y social de la ciudad. Cada 13 de noviembre los sobrevivientes se reúnen allí para recordar.

La Iglesia del Carmen, en cambio, sobrevivió a medias. Pero los saqueos y el paso del tiempo han hecho que su memoria se difumine, y hoy quedan pocos rastros de lo que fue ese espacio de fe para la comunidad.

El Hospital San Lorenzo y el parque Los Fundadores

Desde la ruta Ibagué-Líbano-Honda todavía se ve lo que queda del tercer piso del Hospital San Lorenzo. Construido en los años veinte y ampliado en los cincuenta, era un hospital de tercer nivel que atendía sin importar el estrato social. No solo servía a Armero, sino también a los municipios vecinos.

El parque Los Fundadores era el centro de la vida social de Armero. Allí se encontraban vecinos, funcionaba el comercio, había cafés donde la gente se reunía a conversar. Los sobrevivientes lo recuerdan como “el corazón de Armero”, un lugar de encuentro que formaba parte de la vida diaria.





Monumentos a la memoria

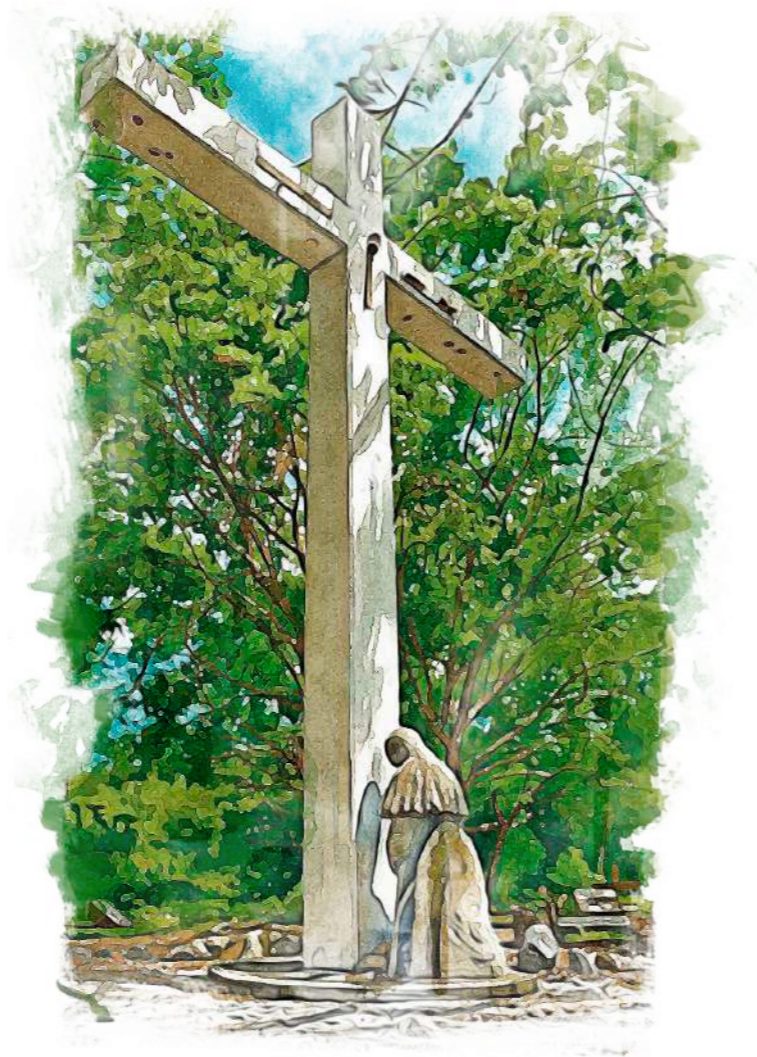
Tras la tragedia, sobre el campo de lodo comenzaron a erigirse nuevos hitos, no para reemplazar lo perdido, sino para honrarlo. Estos monumentos son hoy puntos de peregrinación y reflexión que complementan los vestigios históricos con símbolos de fe y esperanza.

La Cruz Papal: símbolo de fe

Es significativo destacar la Cruz del Papa Juan Pablo II en el lugar de la tragedia. En 1986, el Papa visitó el sitio y oró por las víctimas. Donde se arrodilló se levantó una gran cruz blanca que se ha convertido en poderoso símbolo de fe, duelo y esperanza para sobrevivientes y visitantes. Es uno de los espacios de conmemoración y símbolo formal de duelo más importantes.

La Tumba de Omayra Sánchez

El sitio donde Omayra Sánchez vivió sus últimas horas se ha convertido en uno de los lugares más visitados de las ruinas. Miles de personas llegan cada año a este



punto que, más allá de ser una tumba simbólica, se ha transformado en un espacio de reflexión sobre la fragilidad de la vida y la fortaleza del espíritu humano. Su memoria, junto con la de las demás víctimas recordadas mediante cruces colocadas por familiares, amigos y vecinos en los lugares donde se estima que fallecieron, representa el esfuerzo colectivo por mantener viva la identidad armerita y honrar a quienes perdieron la vida aquella noche.

Memorial Urbano de Armero, obra de Darío Nova

En el espacio del antiguo parque central, el maestro Darío Nova instaló un monumento conmemorativo. Esta obra busca capturar el dolor de la pérdida, pero también la fortaleza del espíritu armerita. Es un recordatorio visual de que, aunque la ciudad física desapareció, su espíritu permanece.





Un bosque para la vida

Tras cuatro décadas de que un manto de lodo gris lo cubriera todo, Armero es hoy un tapiz verde de una en-furecida naturaleza que lo reclama. La infinita sabiduría de la naturaleza y su paciencia ancestral ha tejido un nuevo paisaje sobre las cicatrices del pasado.

El majestuoso Samán extendió su copa generosa como un paraguas protector. La imponente Ceiba, árbol sagrado para muchas culturas, echó raíces en tierra he-rida. El Guásimo y el Payandé completaron este cuarteto ofreciendo sombra y sanando la tierra. Estos árboles realizaron un trabajo silencioso pero fundamental: fijaron nitrógeno en el suelo, crearon materia orgánica con sus hojas caídas y prepararon el terreno para que otras especies pudieran prosperar. Todo esto lo hicieron en el lugar donde parecía imposible que la vida volviera a florecer.

Con el regreso de la vegetación llegó una nueva sinfonía, y el aire se llenó del canto de una extraor-dinaria diversidad de aves. Aguiluchos que surcan el cielo, colibríes que parecen milagros iridiscentes y carpinteros que percuten los troncos con su ca-racterístico tamborileo.

Al caer la noche, el bosque cobra una dimensión diferente. La zarigüeya emerge de su refugio, el zorro cangrejero patrulla silenciosamente el territorio, y diversas especies de murciélagos despliegan sus alas membranosas para cumplir su vital labor como polinizadores y dispersores de semillas.

Pero los protagonistas son la enorme variedad de reptiles que salen de entre las ruinas y que re-cuerdan uno de los lugares más emblemáticos que tuvo Armero, su serpentario, guardián de algunas de las especies más conocidas de Colombia, como la Talla X y la Cascabel, y que aún se pueden encontrar recorriendo lo que antiguamente fuera las Vegas del Sabandija.



Se han registrado 565 especies de plantas distribuidas en 72 familias en donde se destacan familias Astaraceae, Malvaceae Fabaceae, Euphorbiaceae y Poaceae (Esquivel & Leguizamon, 1989; Esquivel & Ramírez, 1994; Esquivel et al., 1999). A su vez, se ha sumado el hallazgo de 49 especies nuevas, es decir, presentes en la sucesión vegetal que no se hallaban en el análisis realizado en 1983, antes de la tragedia. Las más destacadas son: *Croton fragrans* Kunth, *Erythroxylum ulei* O.E. Schultz, *Aristolochia maxima* Jacq y *Vitex cymosa* Bertero ex Spreng.





Un turismo para recordar

Paralelo a la agricultura, ha surgido una nueva economía del recuerdo: el turismo de memoria. Quienes visitan Armero buscan comprender la tragedia, reflexionar y aprender sobre su historia, y honrar el legado de la Ciudad Blanca.

Esta forma de turismo ofrece oportunidades sostenibles para la región. Aunque aún hay desafíos, como fortalecer la capacitación de los informadores turísticos y fundamentar los relatos en fuentes documentadas, esfuerzos como esta guía busca acompañar ese camino y fortalecer contenidos y relatos. El propósito es construir juntos una narrativa histórica responsable, que conmemora con respeto la memoria de víctimas y sobrevivientes.





De la realidad a la leyenda

por Hernán Nova

La transformación de Armero

Los sobrevivientes de la tragedia regresan a Armero para recrear la ciudad en su mente. Ellos recorren las calles mientras recuerdan cada casa y edificio. Cuando se reúnen varios armeritas, la reconstrucción es total: los detalles de las puertas, las texturas de los muros, los colores y las formas aparecen con la magia de la evocación. Para ellos Armero sigue allí entre los árboles del exuberante bosque seco que arrasa las pocas ruinas que permanecen en pie. El tiempo se va llevando a los testigos y sus recuerdos. El vacío se extiende y la ciudad de las narraciones que alguna vez contaron los protagonistas, se transforma. Como toda gran historia, esta va forjando su leyenda. ¿Acaso la ciudad sería ahora la

capital del Tolima superando a Ibagué? ¿Cuántas industrias más se habrían creado gracias a la pujanza de una raza dinámica y progresista que convirtió a Armero en la segunda ciudad del departamento en solo ochenta años de existencia? ¿Acaso el hospital San Lorenzo tendría ya los cinco pisos que le atribuyen los narradores locales? ¿Sigue existiendo la ciudad con su gente en algún otro plano de la realidad?

El mito fundacional dice que un presidente llegó a inaugurar la estación del tren del corregimiento de San Lorenzo en el año 1908. Al ver el entusiasmo de sus habitantes decidió trasladar allí la cabecera municipal que estaba en Guayabal y a lomo de soldado firmó el





decreto con el cual creaba el municipio de San Lorenzo. Veintidós años después en 1930, la Asamblea del Tolima le cambió el nombre por Armero, en honor a José León Armero, un personaje de la Independencia de la provincia de Mariquita, de la que, en 1814, fue su presidente por corto tiempo, ya que al retomar el poder los españoles, fue fusilado, ahorcado y descuartizado, un martirio que parece premonizar el destino de la ciudad que llevaría su nombre.

Dos curas hacen parte de la leyenda. El primero fue Pedro María Ramírez, asesinado en los tiempos de la violencia política de los partidos liberal y conservador, durante las revueltas del 9 de abril de 1948 tras el asesinato del candidato liberal a la presidencia, Jorge Eliécer Gaitán. El padre fue acusado de ser auxiliar de los conservadores en un pueblo liberal como Armero. El mito dice que cuando iba a ser asesinado el cura dijo “de este pueblo no quedará piedra sobre piedra”. Contrario a esto, los testigos aseguraron en las audiencias condenatorias que, en realidad, el padre había dicho: “Señor, perdónalos”.

El otro sacerdote fue el padre Osorio quien en horas de la tarde del 13 de noviembre de 1985, habló por los parlantes ubicados en la torre de la iglesia de San Lorenzo para calmar la preocupación ante la caída de ceniza, re-

comendando a la población permanecer en sus viviendas y usar tapabocas. Al terminar la misa alrededor de las siete de la noche, anunció a quienes preguntaban, que aquello era un fenómeno natural del volcán. El padre viajó a Ibagué alrededor de las ocho de la noche para pernoctar en la arquidiócesis y asistir como representante de la región norte a la reunión semanal de los presbiterios que se realizaba todos los jueves a primera hora. Así salvó su vida, pero el imaginario popular afirma que él sabía que se avecinaba el desastre y huyó.

El cementerio de Armero

“Los únicos que se salvaron en Armero fueron los muertos”, decían los titulares de los periódicos del 14 de noviembre. El cementerio está ubicado en una colina al norte del pueblo. Cuando en aquel tiempo salían de la iglesia, los cortejos fúnebres se dirigían allí en leve ascenso desde la calle 12 hasta la 18. En lo alto de la portada, el Ángel del Silencio con las alas extendidas y el índice sobre los labios, presidía el último tramo de la

vida. Su gesto parecía pedir respeto, o tal vez anunciar que allí todo murmullo debía detenerse.

Aquella noche del 13 de noviembre de 1985, cuando el volcán Nevado del Ruiz rugió en la distancia y el río Lagunilla se transformó en un monstruo de lodo y piedra, muchos armeritas del norte corrieron hacia esa colina. No lo hicieron por seguir un plan de evacuación — nunca hubo uno—, sino por instinto, por ese impulso antiguo que lleva al hombre a buscar lo sagrado cuando la tierra tiembla bajo sus pies.

Junto al cementerio estaba la llamada zona de tolerancia, un conjunto de casas pequeñas y luces rojas que en las noches de fiesta se confundían con el resplandor del pueblo. Allí, décadas atrás, una historia había quedado suspendida entre la culpa y la redención.

Se cuenta que el 10 de abril de 1948, durante los días convulsos de La Violencia, el cuerpo del sacerdote Pedro María Ramírez, asesinado por la turba, fue llevado hasta las puertas del cementerio. Nadie se atrevía a tocarlo, salvo un grupo de mujeres de la zona, que conmovidas por la crueldad del momento limpiaron su cuerpo y lo cubrieron con una sábana blanca antes de entregarlo a la tierra.

La leyenda dice que, por aquella acción piadosa, el destino las recompensó treinta y siete años después: la noche en que la avalancha borró el pueblo, el lodo no tocó sus casas.

El cementerio y su vecindario quedaron en pie, como un islote en el cual incluso se escuchó algo de música en medio del silencio rodeado por la muerte.





El destino selectivo

Algunos relatan historias de personas que aquel día aciago sintieron la urgencia de viajar fuera de Armero y salvaron sus vidas. Se habla de otros que estando fuera de la ciudad, se afanaron en regresar y desaparecieron; o quienes queriendo regresar, sus vehículos no funcionaron, desistieron a última hora o alguna circunstancia impidió su viaje.

El señor Frasser subió a su vehículo con su familia. Inexplicablemente, el volante no giraba hacia la izquierda, hacia donde quería dirigirse buscando la salida para Guayabal. Fue su suerte: por esa misma dirección el flujo del lahar bajó segundos después, arrasando todo a su paso.

El señor Gutiérrez vivió casi toda su vida fuera de Armero. Cuando regresaba a visitar a sus hermanos no permanecía más de un par de días en el pueblo, temiendo siempre que el “león dormido” despertara con su furia; pero precisamente regresó unos días antes del 13 de noviembre, y su más terrible temor se convirtió en realidad.

La casa inglesa

En la calle 16 con carrera 16 se encuentra la ruina de una bella casa con delicados arcos en puertas y ventanas que aún conserva sutiles colores originales. Un inmenso árbol de caucho ha crecido en una de sus esquinas sobre los muros, y sus raíces han tomado la forma de puertas y ventanas, integrándose a la arquitectura de una manera orgánica y exótica. Allí funcionaron hasta el momento de la tragedia las oficinas de la Secretaría de Obras Públicas Departamentales, pero la fértil imaginación de algunos informadores turísticos de Armero la han convertido en “la casa inglesa”. Cuentan que aquella noche no se encontraba el propietario de origen británico, pero sí estaba el cuidador, quien, al ver el desastre inminente bajó al sótano, extrajo los tesoros del inglés y salió corriendo para escapar de la destrucción. No obstante, fue atrapado por el lahar y desapareció entre el lodo. Según los guías, en las noches, el alma en pena de aquel ladrón regresa a rondar por las ruinas de altos muros e inmensas puertas.

La única infraestructura en el centro de la ciudad que soportó el embate del lahar fue la bóveda del Banco de Colombia. Sus gruesos muros de concreto reforzado,

su pesada puerta y escotilla de acero de seguridad resistieron, manteniendo a salvo el invaluable contenido durante un corto tiempo. Al otro día, aquella mole bañada en lodo sobresalía, con las huellas de las rocas que la golpearon, pero entera. Son variadas las versiones acerca del destino del millonario botín. Su desaparición se atribuye a los saqueadores que llegaron desde los primeros momentos buscando objetos de valor entre los escombros (incluso se les apodó como “valancheros”), así como a personal de instituciones oficiales y de socorro, que algunos afirman haber visto realizando estos censurables actos. La realidad, según parece, es que personal del mismo banco pudo haber llegado en helicóptero, y conociendo las claves de acceso, recuperaron el incalculable contenido de la inamovible bóveda.

Los sobrevivientes relatan historias extraordinarias sobre la experiencia de angustia y dolor que vivieron aquella terrible noche. Entre el lodo y escombros pasaron horas oscuras de tormento. Algunos creyeron que presenciaban el fin del mundo. Cuentan que, a pesar de haber sufrido graves heridas no experimentaban dolor alguno. Otros relatan que en el momento de la huida vieron una persona de apariencia normal que les indicó el camino de salvación, que les guió hasta un lugar seguro en medio de la oscuridad, pero al volver la vista

ya no estaba. Gladis relata haber sido acompañada en aquellas terribles horas por un niño que la consolaba y animaba a resistir hasta el nuevo día, y apenas aparecieron las primeras luces del amanecer, el bello niño se fue caminando sobre el lodo, sin manchar su calzado.

Asimismo, el ingeniero Rivera, cuando llegó desde Ibagué al amanecer con la maquinaria amarilla, aproximándose por el sur a la zona de la estación de servicio del cruce a Cambao para iniciar la recuperación de la vía nacional, observó con asombro a tres niñas en medio del mar de lodo. Vestían uniforme de colegio: blusas blancas impecables, faldas azul marino y unos zapaticos blancos que resplandecían entre la suciedad del mundo. Parecían flotar, inmaculadas, sobre aquel mar de muerte.

Rivera descendió de la máquina con el corazón acelerado. Sentía cómo el suelo cedía bajo sus pies mientras sus botas se hundían en el barro. Se aproximó con cautela, temiendo que el menor ruido pudiera hacer desvanecer aquellas figuras. Pero las niñas no se movían, no hablaban; simplemente lo contemplaban con una serenidad imposible, casi sobrenatural.





La lucha contra el olvido, un pueblo en diáspora



Aunque la avalancha borró la ciudad física, los sobrevivientes han construido una nueva Armero en la memoria colectiva y se han convertido en los guardianes de su legado. Su labor ha sido fundamental para que la historia no se desvanezca con el paso del tiempo.

A través de la creación de fundaciones como la Fundación Armando Armero, han liderado la búsqueda de respuestas y la reconstrucción del tejido social entre quienes quedaron dispersos tras la tragedia. Han impulsado con perseverancia propuestas para la creación de museos y sitios de memoria, como el Centro de Visitantes de Armero, el Centro de Historia de Armero Tolima (CHAT), y el Museo Arqueológico, Antropológico, Patrimonial e Histórico de Armero.

Estas iniciativas ofrecen espacios donde las futuras generaciones pueden aprender sobre lo sucedido y mantener viva la memoria de quienes habitaron Armero. Su constante demanda de reparación y su esfuerzo por impedir que el olvido sea la última tragedia han logrado que Armero siga existiendo en la conciencia colectiva de los colombianos.

Los sobrevivientes no solo preservan recuerdos, sino que mantienen viva la identidad de una ciudad que, aunque ya no existe en el mapa, continúa latiendo en la memoria de quienes se niegan a olvidar.

Referencias bibliográficas

AGUILAR, L. J. (2021). Recuperación de la historia a través de la memoria de una tragedia. Complejo cultural Armero. Bogotá: trabajo de grado para optar a el título de arquitecto.

Betancourt, C. I., & Sandoval, F. P. (2015). Armero: Treinta años de ausencia. Lecciones aprendidas. Ibagué: Universidad de Ibagué.

Betancourt, C. I., Sandoval, F. P., & López, N. G. (1995). Armero. Diez años de ausencia. Ibagué: Universidad de Ibagué.

Consejo Municipal de Gestión de Riesgos de Desastres, (2021). Plan municipal de gestión del riesgo de desastres: Alcaldía de Armero Guayabal.

Codazzi, I. G. (2023). Armero, un mosaico de imaginarios territoriales. Bogotá: Ministerio de las Artes, las Culturas y los Saberes.

Colombia, S. (2025). Lista de verificación de Armero. Obtenido de NaturalistaCO: https://colombia.inaturalist.org/check_lists/31949-Armero-Check-List.

Cortolima. Plan de Ordenación y manejo de la cuenca hidrográfica mayor del río Lagunilla – Tolima. 2009.
Espinosa, Armando. (2001). Erupciones históricas de los volcanes colombianos.

Esquivel, h. e., Tinoco, f., & Torres, a. j. (2016). La sucesión vegetal en los lodos fluviovolcánicos de armero-tolima-colombia 30 años después de la erupción del volcán arenas del nevado del Ruiz. Caldasia, 101-116.

Losada-Prado, s., & Molina-Martínez, y. g. (2011). avifauna del bosque seco tropical en el departamento del Tolima (colombia): análisis de la comunidad. caldasia, 271-294.

Martínez, A. (2005). Los Inconquistables Panches del Magdalena: epopeya de un exótico reino caribe y su infortunado tropiezo con el Imperio Español. MJ Editores.

MemoriasDelTerritorio. (2023). LA HISTORIA OCULTA DE ARMERO: La Ciudad Blanca Antes De La Tragedia. Obtenido de YouTube: https://www.youtube.com/watch?v=LPlvM1f_xso&t=1167s

MemoriasDelTerritorio. (2023). LA HISTORIA OCULTA DE ARMERO: Negligencia Al Nivel De La Tragedia. Obtenido de YouTube: <https://www.youtube.com/watch?v=hFj-d8RVkK0>

Ministro de las Culturas, I. A. (2024). Armero, volver al mapa.

Mojica, J., Colmenares, F., Carlos Villarroel, C. M., & Moreno, M. (1985). Características del flujo de lodo ocurrido el 13 de noviembre de 1985 en el valle de armero (Tolima, Colombia). Historia y comentarios de los flujos de 1595y 1845. Geología colombiana, 107-140.

Perdomo, P. A. (2024). Tragedia de Armero: cronología de los sucesos. Obtenido de Señal Colombia: <https://www.senalcolombia.tv/general/tragedia-de-armero-cronologia>

RIE, E. N. (2013). Historia humana y comparada del clima. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

Viana, H. (2005). Armero, su verdadera historia. Bogotá: Biblioteca Darío Echandía.

